

SOBRE ROBERTO DE LAS CARRERAS

Roberto de las Carreras

Alberto Zum Felde recuerda a Roberto de las Carreras

Cartas de Roberto de las Carreras a Edmundo Montagne

ROBERTO DE LAS CARRERAS

Roberto de las Carreras es, sin lugar a dudas, una figura excepcionalmente representativa de algunos de los aspectos socio-culturales del novecientos uruguayo. Autotitulándose Doctor en Anarquismo y Voluptuosidad, enarboló la bandera del Amor libre y, escandalizando al alcaide Montevideo de su época, predicó la Revolución sexual (expresión que en aquellos años sonó como una provocación a las buenas costumbres y que hoy ha adquirido internacionalmente jerarquía sociológica). Dandy en la vida y esteticista en literatura, el estudio de su personalidad y de su satanismo criollo de importación francesa constituiría un interesante capítulo de esa ciencia que José Ortega y Gasset gustaba llamar Conocimiento del hombre. Promotor de incidentes escandalosos, que llegaron hasta la página policial, fue "protagonista de una crónica novelesca en cuyo carácter se mezclaron la elegante ironía de Alcibíades, la rebeldía romántica de Lord Byron y el cínico libertinaje de Casanova", según ha escrito Alberto Zum Felde. No por la calidad de su obra sino por la singularidad y lo significativo de su personalidad —paradigmática de muchos de los trazos vitales del novecientos— Roberto de las Carreras merecería que se le dedicara un libro. Un libro que sin dejar de atender a lo anecdótico y lo pintoresco no descuidara lo realmente importante del personaje: su representatividad histórica, ya que asumió con autenticidad las vigencias éticas, estéticas y sociales de ciertos grupos de la intelectualidad uruguaya del novecientos (sincrónicas, por lo demás, con las producidas por la sensibilidad fin de siglo en todo el ámbito de la cultura occidental).

*Las páginas que siguen pueden ser un aporte para la composición de ese libro hipotético. Nadie como Alberto Zum Felde está en condiciones de dar testimonio sobre el autor de *Psalmos a Venus Cavallieri*, tanto en su calidad de crítico de las letras uruguayas como por su condición de amigo de Roberto de las Carreras en aquellos tumultuosos años de comienzos del siglo. Quien suscribe estas líneas conversó largamente con don Alberto sobre Roberto de las Carreras, grabando magnetofónicamente esa conversación. El texto que sigue transcribe esa grabación. Los recuerdos —¡tan vivos!— que ofrecen este texto pueden ser completados con otros que figuran en: *Arturo Sergio Visca. Conversando con Zum Felde* (Biblioteca Nacional, Montevideo, 1969), donde don Alberto relata sus recuerdos relativos a otro período de la vida de Roberto de las Carreras. Complementando el texto que recoge las palabras de don Alberto, se publican cinco cartas de Roberto de las Carreras a Edmundo Montagne. En ellas, Roberto de las Carreras da testimonio de sí mismo. El interés documental —desde el punto de vista psicológico— de esas cinco cartas es indudable. Traducen de un modo directo y fidedigno ciertos rasgos del personaje. Las cinco integran el acervo que se custodia en el Departamento de Investigaciones (Sección Literatura uruguaya) de la Biblioteca Nacional.*

ARTURO SERGIO VISCA

ALBERTO ZUM FELDE RECUERDA A ROBERTO DE
LAS CARRERAS

—*La leyenda, que muchas veces coincide con la historia, sostiene que Roberto de las Carreras, “típico intelectual de café”, tenía sus hábitos particulares en lo que se refiere a la elaboración de sus obras, muy de acuerdo con lo singular de toda su personalidad. ¿Qué recuerda usted al respecto?*

—Roberto de las Carreras, como usted sabe, porque es público por haberse difundido ya en diversas notas periodísticas, tenía su asiento literario, digamos así, en pleno centro de la ciudad, aunque él vivía en las afueras, con unas tías. Ese asiento literario era el café *Moka*, situado en la calle Sarandí esquina Policía Vieja, esa callejuela que da vuelta y va a Bartolomé Mitre. El Café *Moka* tenía vidrieras que daban a Sarandí. Una de las mesas situadas ante esas vidrieras estaba reservada, a ciertas horas, para Roberto de las Carreras. De las cinco de la tarde en adelante, esa mesa sólo podía ser ocupada por él y su séquito. La situación de la mesa, la hacía bien visible y como el grupo era bastante espectacular, los transeúntes a veces se detenían a mirar.

A eso de las cinco de la tarde, llegaba Roberto de las Carreras con su secretario, Zayde Fontán. Ambos ocupaban la mesa reservada para Roberto y éste le dictaba a su secretario. Roberto no escribía nunca directamente. Dictaba. Como usted ve, Roberto de las Carreras era también espectacular en su forma de producir literariamente.

—*¿Y fue en el café Moka donde usted, don Alberto, conoció a Roberto de las Carreras?*

—Efectivamente. Y le voy a contar cómo. Además de Zayde Fontán que era el secretario a sueldo, Roberto de las Carreras tenía otro secretario honorario, cuya misión no era ocuparse de recibir dictados sino de otros asuntos más personales. Este otro secretario, el negro Barboza, al que llamábamos así porque era un poquito pardejón, había sido condiscípulo mío en la escuela de las Mairupe. El negro Barboza —que más tarde se recibió de médico— era un admirador frenético de Roberto de las Carreras y adicto incondicional de él. Un día, tras años de no vernos, lo encontré en la calle y entre otras cosas me habló de Roberto de las Carreras y me prometió presentármelo. Y así fue como un día, a comienzos de 1906, conocí a Roberto de las Carreras. Hasta ese momento yo no había asomado al mundo literario, al que solamente conocía de lejos, por lecturas. Así fue, gracias a la presentación del negro Barboza, que conocí a Roberto de las Carreras. Yo, que era muy jovencito, no me hubiera atrevido a acercarme a él sin esta presentación, porque, aparte de mi juventud, sabía que el personaje tenía fama de ser muy ególatra y bastante atrabiliario. Hubiera temido, seguramente, ser mal recibido.

—¿Y recuerda cómo lo recibió?

—No con mucha precisión. No recuerdo detalles. Pero sí recuerdo que estuvo muy cordial y gentil, como siempre era, mientras no se lo hería en su orgullo egolátrico terrible. Luego me tuvo en gran aprecio. Claro que yo nunca le rebatí sus teorías sobre el amor libre, porque entonces me hubiera arrojado de su lado por reaccionario... Lo cierto es que comenzó desde entonces mi frecuentación en ese círculo literario vespertino. Allí conocí a otros jóvenes literatos o aspirantes a tales, como, entre nosotros, José G. Antuña, que luego fue académico, Julio Raúl Mendilaharsu, que nunca me entusiasmó como poeta y Carlos María de Vallejo, poeta galante, pero no con el estilo de Roberto, sino con otro estilo más clásico, digamos. Su poesía no era mala en su género, pero ya pasó ese tipo de poesía. Perdió interés. Poesía de época, de una época. Hay otros más que no recuerdo. Tenga en cuenta que ando deficiente de memoria. En fin, éstos eran algunos de los personajes que concurrían a la tertulia de Roberto de las Carreras. ¡Digo personajes! ¡Muchachos! Personajes como de comedia. Todos éramos personajes de comedia los que interveníamos en ese círculo literario. Eramos todos jóvenes, muchachos. Hombre maduro allí no recuerdo haber conocido ninguno. El único hombre maduro era Roberto, que andaría en los treinta años. Los demás tendríamos dieciséis, diecisiete y dieciocho. Eramos jóvenes discípulos. Por lo menos esto era lo que opinaba la gente, aunque no sé si lo éramos. Tal vez sí, en cierto modo. A esa edad, frente al hombre maduro que era Roberto, se nos podía considerar sus discípulos. En verdad, sólo éramos colegiales literarios. La diferencia de edad ya le concedía un cierto ascendiente, realzado por su egocentrismo y su fama de hombre excéntrico. También por sus actitudes revolucionarias y su prestigio literario. Todo eso le daba cierto empaque de Maestro, despertaba nuestra admiración y permitía que nos tratara desde la altura de su posición. Voy a recordarle una anécdota —una anécdota graciosa— que hace ver cómo nos miraba desde lo alto. No sé en qué momento ni por qué motivo, nos enojamos con Roberto tres o cuatro muchachos del cenáculo del *Moka*, entre los que me encontraba yo. Entonces, durante varios días, dejamos de ir al café. Pero pasábamos de largo en grupo delante de sus vidrieras, haciendo notoria ostentación de nuestra discrepancia. En unos de esos días, cuando él se dirigía al *Moka*, pasábamos nosotros por la vereda de enfrente. Roberto venía con el negro Barboza que le seguía fiel, porque era su San Pedro. Y Roberto le dijo al negro Barboza, que luego nos lo contó y con un tono de desdén displicente: —“*Ahí van los huelguistas*”. Pero al poco tiempo nos avenimos y reingresamos a la tertulia, a la que seguí concurriendo en las tardecitas. Mi amistad, por otra parte, se reducía a los encuentros en el *Moka* y a algunos paseos que hacíamos por la ciudad, conversando. La intimidad de su vida, en esa época, no la conocí. Sé que él vivía en las afueras de Montevideo con unas tías, como ya le dije, que, sin duda, lo ayudaban económicamente. El dinero que recibía de *El Día*, quedaría para sus gastos personales. Y para su elegancia, que le preocupaba mucho.

—¿Recuerda cómo vestía?

—De jacquet gris perpetuamente. Y usaba los grandes chalecos y las grandes corbatas que había traído de París. Esos chalecos y esas corbatas eran su lujo. También gris el gacho, casi siempre. Además, la varita de mimbre. No servía para nada, ni siquiera para apoyarse. Era una varita cimbreante. Y él jugaba con ella permanentemente. No la abandonaba nunca. Ese era su famoso bastón.

—*Permítame, don Alberto, que lo interrumpa un instante. Todos sabemos que Roberto era hijo natural. Su padre fue Ernesto de las Carreras, combatiente junto a Leandro Gómez en la Defensa de Paysandú y, su madre, Clara García de Zúñiga, de familia patricia y millonaria. Ella fue también un personaje excéntrico. Antes de seguir con otros recuerdos personales, ¿no podría decir algo de ella?*

—Antes de conocer personalmente a Roberto de las Carreras mi gran curiosidad por todas las cosas literarias y, más por las relacionadas con un personaje tan resonante y espectacular de la época como lo era Roberto, me llevó naturalmente a enterarme de muchos sucesos de su vida. Conozco así pormenores biográficos, anteriores a mi amistad personal con él. También podremos, si le interesa, recordar algunos de esos sucesos, que conozco por terceros. En cuanto a la madre, no la conocí personalmente, pero era, efectivamente, un personaje excéntrico. Practicó el amor libre, —que tanto defendió el hijo después— y murió loca. Le recordaré este suceso. Era, como usted dijo, una mujer muy adinerada y en aquel tiempo vivía en el mejor hotel que había en Montevideo, el *Hotel Oriental*, que hoy desapareció. Estaba edificado en la manzana en que hoy está el *Banco de la República*. Era un edificio un poco antiguo, pero el hotel estaba instalado con todo el confort posible en la época, aunque hoy parecería muy deficiente. Ahí vivía Clara García de Zúñiga. No conozco el proceso total de su locura. Pero sí el momento en que se manifestó claramente. Ella salió al balcón del *Hotel Oriental*, casi desnuda, en camisón y comenzó a arrojar a la calle monedas de oro. Posiblemente onzas, que extraía de un gran talego, colocado a su lado. Empezó a reunirse gente debajo del balcón y ella, riéndose a carcajadas, seguía arrojando monedas. Después de esto, claro, fue internada.

—*Sobre los últimos años de Clara García de Zúñiga se conocen datos muy curiosos. Poseída de una especie de locura mansa, se pasaba las horas tejiendo grandes cañamazos, con figuras de plantas y animales, que luego enrollaba y guardaba. Pero dejemos a la madre y volvamos al hijo. Me gustaría que, a través de su recuerdo, reconstruyera los episodios que dieron lugar a la publicación, en 1902, de "Amor libre. Interviews voluptuosos con Roberto de las Carreras".*

—Yo no lo conocía, entonces. Era muy adolescente.

Ese folleto nació como consecuencia de la seducción por parte de Roberto de su prima Berta y su posterior casamiento con ella. Como ella era menor y estaba amenazada de ser internada en el Buen Pastor, por ser menor de edad y andar en relaciones ilícitas, Roberto, para evitarlo, transigió y se casó con ella. Entonces, hizo públi-

cos los motivos de su casamiento, pues siendo enemigo del matrimonio tenía que justificar el propio. Lo hizo en un diario anarquista de la época, que creo se llamaba *El Trabajo*. Luego publicó, en ese mismo diario, el anuncio de que le iba a nacer un hijo de su matrimonio. Y hablaba del hijo que le iba a nacer. Muy interesante el artículo, siempre dentro de su tono amor librista y egolátrico terrible. Entonces sobrevino el adulterio. Berta lo engañó. Y en *La Rebelión*, otro diario anarquista, Roberto publicó los artículos que formaron después *Amor libre*. Expresó que Berta había resultado su mejor discípula y que, de acuerdo con sus ideas amorlibristas, su honor matrimonial no había sufrido ultraje, puesto que para él el adulterio no existía. Pero es indudable que sufrió en su orgullo y en su amor propio de hombre, aunque no modificó su concepto del honor matrimonial. En esas interviews fingía un interlocutor. Eran en realidad autointerviews.

—*Hay otro famoso episodio, anterior a su conocimiento personal con Roberto de las Carreras y que dio origen a otro folleto, aparecido en 1904, y titulado Oración Pagana. Cuente usted el episodio que lo origina.*

—*Oración Pagana* nació a raíz de este episodio. Una de las mujeres más hermosas de Montevideo mantenía relaciones amorosas —tenga en cuenta que era casada— con Luis Alberto de Herrera, que era un tipo muy buen mozo en su juventud. Paseaban juntos por las calles —no a pie, en carruaje, en coche descubierto— porque no ocultaban sino que ostentaban su relación. La infidelidad matrimonial era moneda bastante corriente en el alto mundo montevideano de la época, a pesar de que se suponga que el mismo era de una gran fidelidad de las costumbres de honor tradicional. Lo era aparentemente. Pero había muchos escándalos. Algunos se hacían públicos, pero otros permanecían privados, naturalmente. La madre de la dama, que era viuda, mantenía relaciones con Teófilo Díaz, *Tax*, un gran croniquer estilo parisien de esa época y que escribía con mucha elegancia y buen estilo. Llegó un momento en que *Tax* intervino y las relaciones de la dama con Luis Alberto de Herrera cesaron; y ella se reconcilió con su esposo. Entonces, ostentaron su reconciliación paseando en coche por 18 de Julio y Sarandí, para que todo Montevideo, —el “tout Montevideo” elegante, no el pueblo que estaba ajeno a esas cosas— se enterara de la reconciliación y fueron a dormir en esa su nueva primera noche de bodas al *Hotel del Prado*. Y allí el marido la mató. Entonces Teófilo Díaz, indignado y en un arrebato de furia (cosa poco frecuente en él, que era un hombre más bien irónico que tomaba las cosas con cierta displicencia y escepticismo) fue al Prado y mató al marido, que había traicionado su palabra y fue desleal con él, con *Tax*, que había intervenido como mediador y como tal, naturalmente, se sentía responsable. A ella la velaron en su casa y a la medianoche se presentó allí Roberto de las Carreras y, en pleno velatorio leyó la *Oración Pagana*, cuyas primeras frases eran: “Yo te arrojo todas mis rosas helénicas, oh amante arrebatada a la gloria del beso”. Era el responso pagano que él hacía delante del cadáver de una sacerdotisa del amor libre. Como es natural, toda la concurrencia se retiró escandalizada.

—*En esa oportunidad, ¿fue solo o acompañado?*

—Acompañado. Acompañado por un grupo de anarquistas. Roberto siempre iba acompañado. El séquito era infaltable. Le contaré ahora otro episodio ocurrido antes de que yo trabara amistad personal con Roberto y que conocí por referencias. Su antagonista esta vez fue don Amaro Carve, un personaje muy pintoresco de esa época. Vestía siempre de levita, galera de felpa y tenía unas grandes patillas blancas. Andaba siempre enguantado. Se paseaba por 18 de Julio. Era un viejo galante que perseguía a las mujeres bonitas por la calle. Incluso, una vez siguió a su propia hija a la que vio de atrás y sin conocerla, le dijo no sé qué piropo y la hija se dio vuelta y exclamó: “¡Pero papá!” El le dijo, para disculparse, que era en broma que le había hecho. Don Amaro iba a dar una conferencia en el Ateneo que empezó y no terminó, contra el proyecto de Ley de Divorcio que Onetto y Viana ya había presentado al Parlamento. Tuvo un largo trámite, creo que se aprobó recién en 1907, pero se le discutía mucho. Se luchaba por él, se polemizaba. Don Amaro diciéndose y pareciendo ser muy católico, (sería un católico muy pecador), se manifestó contra la ley del divorcio. Para atacarla, proyectó esa conferencia. Recién había comenzado, cuando irrumpió en la sala Roberto de las Carreras seguido de su necesario, inevitable cortejo de cinco o seis compañeros anarcoides; interrumpió la conferencia, subió al estrado y habló él en pro de la ley de divorcio y del amor libre.

Se deshizo naturalmente el acto, Don Amaro se fue y eso dio motivo a un nuevo folleto, *Don Amaro y el divorcio*. Porque Roberto convertía en folleto todos sus actos. Los que él consideraba importantes, desde luego.

—*Don Amaro usaba, según dicen un gran anillo de brillantes...*

—Es verdad. Iba a los cines, que en aquella época tenían palcos que llegaban hasta cerca del escenario. Ocupaba uno de ellos y colocaba su mano de modo que se viera bien el anillo. Pero no era para ostentar su riqueza, sino porque opinaba que el relumbrar de los brillantes cautivaba, alucinaba o fascinaba a las damas. No sé que podría conseguir don Amaro en andanzas galantes, creo que muy poco. Pero el seguía imperturbable su programa de galanteador.

—*Pasando a otro tema, don Alberto, que recuerda de las relaciones de Roberto de las Carreras con Alvaro Armando Vasseur y José Ingenieros? Creo que con uno y otro hubo intentos de duelo.*

—Ah, sí! Recordaré el duelo que hubo de haber habido, valga la expresión, con Vasseur; fueron amigos y enemigos en distintas épocas. En algunos momentos se peleaban, luego se amigaban y volvían a enemistarse. En uno de esos golpes de enemistad, Roberto atacó públicamente a Vasseur en forma muy denigrante para su persona y Vasseur le contestó en forma también ofensiva y no llamándole nunca Roberto de las Carreras sino “*el García de Zúñiga*”, recalcando su condición de bastardo. Yo no conocí esos artículos, los conocí por referencia. Entonces, Roberto de las Carreras le mandó los padrinos. Era, o se decía un gran duelista, un gran esgrimista, discípulo del famoso italiano Athos de San Malato. Pero Vasseur los rehusó, diciendo que era contrario al duelo. Y aquí se derivó el incidente, porque

Julio María Sosa, que estaba en sus pininos políticos, intervino y publicó un artículo contra Vasseur —¡ Ah, en la sociedad de la época esto era muy importante!— tratándole de cobarde. Vasseur publicó, no recuerdo en qué diario de la época, una carta abierta defendiendo la cobardía. Era una carta literaria ideológica, donde Vasseur, que era socialista, expresaba que eso de la valentía caballeresca era un cosa anticuada, anaacrónica, sin justificación en esa época. Tampoco hubo duelo, aunque sí desafío, con José Ingenieros. Este, además de escritor, era como usted sabe, médico psiquiatra. Roberto, que había ido a Buenos Aires, se asistía, de no sé qué malestares psíquicos, neurasténicos, con Ingenieros. Iba a verlo como amigo y a la vez como cliente de su clínica. Ingenieros, que era un gran bromista, y que gustaba de hacer frases de efecto aún a costillas de sus amigos, dijo no sé que de Roberto de las Carreras. El le mandó los padrinos, pero Ingenieros respondió: “Yo no puedo batirme con mis enfermos”. Y no hubo lugar a duelo.

—*Volviendo al café Moka, recuerdo haberle oído contar a usted una polémica que tuvo lugar en las paredes de los gabinetes higiénicos del café.*

—La anécdota a que Ud. se refiere es demasiado escabrosa como para que Ud. la inserte en una publicación de la Biblioteca Nacional, que es una institución demasiado solemne como para permitirse esos desafueros de lenguaje. Pero, en fin, Ud. hará con esto lo que le parezca y en la forma que considere más conveniente. Recordaré algunas cosas del ambiente, para que quede más clara como se produjo la polémica.

En el café Moka había dos cenáculos literarios. Uno, el de Roberto de las Carreras, que se exhibía en las vidrieras de Sarandí, y otro, ubicado al otro extremo del salón, al que concurrían otros escritores, enemigos ideológicos de Roberto, aunque con algunos se saludaban y se hablaban, con los integrantes del grupo de Roberto. En ese grupo, el principal era Emilio Frugoni. También eran de ese grupo Leoncio Lasse de la Vega, Florencio Sánchez, cuando estaba en Montevideo, Bandinelli, primo de Roberto y hermano de Berta, Julián Nogueira, crítico teatral de *El Día*, de mucha fama en esos años. Luego se fue a Europa, con un cargo consular y desapareció. En esa época, Roberto mantuvo una polémica —pero no violenta, sino tranquila, ideológica— con Daniel Martínez Vigil, que luego fue profesor de filosofía y literatura, y que en aquel tiempo era un filósofo pintoresco. Digo pintoresco porque en su casa se rodeaba de un ambiente apropiado a lo que el consideraba el que debía ser el de un filósofo. Tenía, por ejemplo, una calavera y grandes libretes, que no sé si los habría abierto alguna vez. No recuerdo el motivo de la polémica, pero sí que firmaban con seudónimos. Daniel Martínez Vigil firmaba *Zenón*, el severo, Zenón el estoico, y Roberto firmaba Alcibiades, el voluptuoso, el ironista. Claro que todo el mundo sabía quienes eran los polemistas. Entonces apareció, en los gabinetes higiénicos del café Moka, no muy higiénicos que digamos, una leyenda que decía, con letra bien clara: “*Alcibiades fue puto*”. Y Roberto contestó, en la misma pared, con esta frase: “*Alcibiades no fue puto, volvió putas a todas las mujeres de Atenas*”. El otro repli-

có: “*En Atenas no sé si Alcibiades habrá seducido o no a las mujeres, pero en Montevideo, no emputejó más que a su propia mujer*”. Con esto terminó la cosa, porque el dueño del café previendo que todo podía derivar en un mal trance, hizo borrar todas las inscripciones e impidió que se escribieran otras.

—¿Se supo quién era el otro polemista?

—No, quedó en el anonimato. Pero seguro que era alguien del otro grupo. No Frugoni, que no era de ese estilo; ni Martínez Vigil, que no concurría. Tal vez, Lasso de la Vega...

—*Por esa misma época ocurrió el episodio que culminó con los balazos que Luis Geille le disparó a Roberto de las Carreras. ¿Cómo recuerda ese episodio?*

—Paseaba por Sarandí, muchas tardes, como casi todas las mujeres elegantes de la época —no el pueblo, que no tenía tiempo de pasear por Sarandí y pasearía por sus barrios o no pasearía— una joven, Renée Geille Castro, que no se sabe si porque Roberto de las Carreras le interesaba como hombre o, atraída por la curiosidad que despertaba en ella el personaje extraordinario en su fama, medio se entretenía o acortaba el paso, ante la vidriera del *Moka*, para mirar y para mirarlo. Entonces, Roberto, creyendo que estaba enamorada de él y lo buscaba, empezó a mandarle cartas. Cartas de tono cada vez más subido y alternadas con actos de una galantería extraordinaria en su inventiva y en su estética. Uno de ellos es el siguiente: *La Onda Azul*, como Roberto la llamaba (y así tituló uno de sus libros de poemas en prosa) vivía en una casa de altos, en la calle Juncal, con un gran balcón a la calle. Al lado se estaba construyendo un edificio y había un gran andamiaje; y por ahí, una noche, Roberto hizo trepar al negro Barboza, con una gran canasta llena de rosas rojas y, con la misión de llenar el balcón de esas rosas —lo cual era invadir la casa y hubiera podido ir preso por asaltante— y depositar en el mismo balcón un poema, escrito en un pergamino, destinado a la *Onda Azul*. Estos son antecedentes del incidente que motivó los balazos. Cuando esto ocurrió, yo no estaba presente, pero sí en un episodio ocurrido un poco antes y que precipitó las cosas. Actuaba en el Solís una compañía europea dramática o de ópera, no recuerdo bien; y a una de las funciones concurrí la *Onda Azul*, sigamos llamándola así, acompañada de su hermano, Luis Geille Castro. Esa noche, como muchas otras, Roberto estaba en el atrio del teatro, para ver el desfile de la concurrencia. Era otra costumbre bastante pueblerina, si se quiere, pero... Yo lo acompañaba; casualmente, pues no solía quedarme hasta tan tarde. Y al pasar la de Geille y su hermano junto a nosotros —junto a Roberto, porque yo no era más que un simple acompañante— el dijo en voz alta: “*De todos modos, la voy a raptar*”. Quería decir, desdeñosamente, que no le importaba para nada del hermano ni de la compañía que le hacía. Dos o tres días después —no creo que fuera al día siguiente— se produjo el incidente de los balazos. Roberto de las Carreras y Luis Geille se encontraron. Este último era gerente de una joyería situada en la calle Sarandí. A eso de las dos de la tarde, cuando Roberto se dirigía al *Moka*, para empezar su dictado literario, el hermano

de la *Onda Azul* estaba casualmente en la puerta de la joyería y Roberto lo miró de un modo irónico, burlesco y retador y, dado lo que Roberto había dicho noches antes de la Geille y, teniendo en cuenta que era un poco nervioso, sacó el revólver y le disparó dos balazos. Yo no estaba en el momento del incidente, pero según testigos ocurrió así. Hay testigos que afirman que no lo provocó de otra forma, aunque también se dijo que Roberto había tenido una actitud más amenazadora. Roberto, dicen, quería apartar los balazos con su varita cimbreante, con su famoso junto, moviéndolo en el aire... Cayó al suelo, herido. Tenía un balazo en cada pulmón. Lo llevaron a la farmacia de la esquina, que se llamaba *Del romano* y allí vinieron del Hospital Maciel para hacerle las primeras curaciones y luego lo llevaron al Hospital. El mantuvo en la mano el rollo de sus manuscritos, que él llamaba "Los poemas" y luego hacía gala de eso, de que ni ante la muerte había soltado los poemas, que eran la finalidad de su vida. Gestos literarios de la época.

—Hubo un diálogo, también muy de época, que en parte se ha divulgado. ¿Lo recuerda?

—Ah! Sí. El diálogo fue con los periodistas y con los representantes de la justicia. No se si en el Hospital Maciel o en la farmacia. Más o menos fue así, aunque quizás omita algo. En ese momento, yo no estaba y por consiguiente no lo oí, pero lo conozco por referencias. Me lo refirió Barboza después. "Su nombre" — "Soy demasiado conocido como para necesitar decirlo". — "¿Cuándo nació?" — "En Grecia, hace mucha tiempo". — "¿Profesión?". — "Esteta e ironista". — "¿Edad?" — "Los poetas y las mujeres no tienen edad". — "Estado" — "Natural" — y cuando se insistió en la pregunta sobre la nacionalidad, respondió: "Ciudadano del mundo". Luego, algún periodista le preguntó cómo se sentía, si temía por su estado y respondió: "Un discípulo de Juliano no muere de dos balazos". Como Ud. ve, un diálogo bastante jugoso para un hombre que estaba a las puertas de la muerte, con un balazo en cada pulmón. Lo cierto es que se recuperó. En el paletó le quedaron los dos agujeros de las baías —él usaba en invierno un paletó beige— y él lo seguía usando y mostraba los agujeros, diciendo —"son mis condecoraciones". Conviene aquí hacer una aclaración. Se me atribuye una frase que no es cierta. No se de dónde salió pero está en un diario publicada. Dicen que la dije en el hospital (cuando lo fuí a ver a la tarde, porque yo lo fuí a ver, más tarde, después que vinieron a decirme a casa —Barboza o Vallejo, no recuerdo— lo ocurrido). Dicen que yo dije: "Maestro, te vengaré". Es totalmente incierto. En primer lugar el término de maestro no lo usé nunca con respecto a Roberto; en segundo lugar lo de "te vengaré" es falso. No se de dónde salió esa anécdota apócrifa.

—Todos estos episodios dieron lugar a dos folletos: en *Onda Azul*... y *Diadema fúnebre*, de 1905 y 1906, respectivamente.

—Es verdad, en cuanto a *Diadema*, en que relata sus estados de ánimo en los momentos de peligro. *En Onda Azul* es anterior. Y yo no lo trataba entonces. Roberto, creo que ya lo dije, convertía

todo en folleto. Desgraciadamente en las mudanzas y por los viajes he perdido casi todos los libros de Roberto, que tenía dedicados. O me los han sustraído. Conservo alguno, que no sé dónde está...

—¿*Conserva Sueño de Oriente? Fue motivo de otro gran escándalo. La protagonista fue, según mis datos, Lola Estrázulas de Piñeyría.*

—Fue su primer escándalo. Su estreno. Era una dama de la "alta sociedad". Uno de los apellidos más sonados de la época en el ambiente mundano, de la cual dijo que era la única mujer que vestía con elegancia en Montevideo. Fue el primer libro escandaloso que se publicó en el Uruguay, porque ya hablaba allí del amor libre. En *Interview voluptuoso* sentaba una doctrina, en *Sueño de Oriente* no había tanto como una doctrina, pero había una actitud equívale. Fue también lo primero que publicó a su vuelta de París. Antes había publicado versos, que nunca más escribió.

—*Publicó primero, Poesía, que firmó con un seudónimo, Jorge Kostia, y estaba dedicado a Carlos Vaz Ferreira, de quien era gran amigo.*

—Acabo de referirme a ello. Eran versos de tono humorístico. De Don Carlos y de la familia era íntimo, de jóvenes, cuando estudian. También de María Eugenia. Pero después ya dejaron de verse porque, dadas sus actitudes, don Carlos —ferviente del culto de su posición— no quiso saber nada ya con él.

—*Sin embargo, de jóvenes habían tenido el compromiso de dedicarse mutuamente los libros que escribieran. Roberto cumplió, dedicándole un libro, pero no don Carlos...*

—El primer libro de Vaz Ferreira fue, creo, el *Curso de Psicología*, y no era apropiado para dedicárselo a Roberto... Ni el segundo tampoco... y ninguno. Sus caminos divergían.

—*En estos años, el esplendor monetario de Roberto había decaído, y sólo a duras penas, creo, conservaba su prestancia de dandy. Fue entonces que obtuvo, con ayuda de Batlle, el consulado de Paranaaguá...*

—Voy a referirme a eso, a las relaciones de Roberto con Batlle y *El Día*. El tenía una gran amistad con *El Día*, que lo sostuvo en sus últimos tiempos, cuando Roberto ya estaba pobre, porque había agotado todos sus caudales. Como no tenía ninguna fuente de recursos, quedó prácticamente en la miseria y se sostenía con una especie de subvención que le pasaba la Administración del diario por orden de don Pepe. Roberto había ayudado económicamente a *El Día* en sus comienzos, y de ahí esta subvención. Roberto era amigo de Arturo Santa Anna y de Domingo Arena, dos grandes adictos a don Pepe y que intervinieron en la fundación y sostenimiento de *El Día*. El primero era rico y esto contribuía a fortalecer las relaciones que Roberto mantenía con el diario, que le ayudaba a vivir en sus últimos tiempos. Antes de dejar Batlle la presidencia en 1907, y subir

Williman al poder, don Pepe le procuró a Roberto un consulado, para no dejarlo en la calle, porque esa subvención no podía ser proseguida, pues era —digamos así— anti-administrativa. De modo que para que tuviera algo propio y no dependiera de *El Día*, le dió un consulado. Primero lo nombró cónsul en La Plata, pero el Ministro de Relaciones Exteriores de la Argentina, el muy famoso Dr. Zeballos, enemigo del Uruguay y que además, tenía fama de ser homosexual (mucha fama, tanto que era proverbial; se decía: —“*Como Zeballos...*”) lo rechazó... por immoral...! No le dió lo que se llamaba el *exequatur*, o sea, la admisión oficial del gobierno. Entonces, Batlle le nombró en Paranaguá, un puerto bananero del sur de Brasil, y el pobre Roberto no tuvo más remedio que marchar a ese entierro, por un tiempo, hasta su locura.

—Durante el período en que Roberto de las Carreras estuvo en Paranaguá ¿Ud. mantuvo correspondencia con él?

—No. A partir de esa fecha, nuestra relación quedó ya casi totalmente interrumpida. Pero quisiera decir algo sobre los últimos libros de Roberto, que fueron escritos y publicados en ese período. Después de recibir los dos balazos, Roberto cambió un poco de carácter. Se apagó su brío amorlibrista. Y este cambio se ve en sus dos últimos libros: *La Venus celeste* y *La visión del arcángel*, que yo los tenía, enviados por él y no los tengo. Ahí cambió también mucho su estilo. Se hizo más confuso, más barroco, muy enredado, muy recargado de adjetivos, de metáforas. Pero lo importante no es eso, formal, sino el contenido. Esto, creo —no sé si podrá ser— pero me parece que no vino por sí solo, aparte de las reflexiones que pudo tener de sí, como consecuencia de haberse visto cara a cara con la muerte... Creo que en ese cambio puede haber algo de la sugerencia que ejerció sobre él en esa época mi conversación de índole metafísica. Porque en esos últimos meses, cuando estaba convalesciente, yo lo iba a visitar a menudo a una casa de Pocitos, y después de la convalecencia, en los últimos meses que precedieron a su viaje, hablamos mucho a diario y casi discutimos. Casi, digo, porque era temible. Había que contrariarlo con mucha cautela para no pelear. Eran conversaciones sobre filosofía. Más que sobre autores o doctrinas, hablábamos sobre esencias mismas de la filosofía. Hablábamos mucho de problemas metafísicos, cosa que a él nunca le había preocupado antes. En los dos libros citados, cambió radicalmente. Dejó de ser el sensualista, el Don Juan literario, y adoptó otro tono de carácter más abstracto y metafísico. En *La visión del arcángel*, habla por primera vez en su vida del cielo: “*Extiende un ala sobre el abismo de la ola, y exhala la otra al cielo...*” — dice. “En *La Venus celeste*, ésta no es ya más la diosa del amor físico, es una Venus platónica, es un símbolo universal por encima de las cosas meramente sensuales y humanas. Este cambio —mucho en la forma y mucho más en su contenido— que se produjo en los libros finales de Roberto, no ha sido generalmente observado por la crítica. Es este cambio, pienso que puede, en parte, haber sido sugerido por nuestras conversaciones tenidas en esos meses que precedieron a su viaje al Brasil. Aunque quizás hubo también un efecto psicológico de coincidencia entre estas conversaciones y la situación de Roberto al haberse sentido ante la muerte como consecuencia de los balazos.

—*Me parece admisible todo lo que Ud. dice. Parece muy posible que el impacto producido en él por el enfrentamiento cara a cara con la muerte más la incidencia de las conversaciones de carácter filosófico mantenidas con Ud., puedan haber producido esa variación de la postura vital y literaria de Roberto de las Carreras. En relación con estos temas, se me ocurren algunas preguntas.*

—Prosiga, entonces. Pregunte.

—*¿Cuándo usted conoció a Roberto había usted escrito ya algo?*

—Cuando conocí a Roberto, yo no había publicado absolutamente nada. Era casi un muchacho. Sólo un aspirante a escritor, inédito todavía. Publiqué precisamente mis primeras cosas en algunos diarios, por la influencia que él tenía en ellos, porque yo, hasta entonces, era completamente un desconocido.

—*¿Ud. cree que la obra Roberto de las Carreras influyó en su primer trabajo?*

—Quizás un poco en el estilo, en la adjetivación, en la riqueza de lenguaje, en el barroquismo, que, por otra parte, era muy d'annunziano. En eso, sí, pero no en cuanto a las ideas y a los motivos, que, eran totalmente distintos. Roberto era puramente un sensualista. Sus motivos eran el amor carnal, el amor libre, la voluptuosidad; yo, por el contrario, fuí casi siempre desde el principio, de tendencias más bien conceptuales metafísicas. Completamente distinto, aunque grande e ingenuo admirador de él como personaje sensacional del Montevideo de la época y de su obra literaria. Pero lo admiraba, más en su literatura panfletaria que en su literatura poemática. Quizás se puede recordar aquí que es lástima que se hayan perdido sus tres libros mayores del género panfletario: *Antología de la aldea*, *Fuego al Atenco* y *El Sátiro*. Se refería en ellos, sin disimulo a personajes notables de la época, con especial referencia a sus vidas privadas. Según dicen, Domingo Arena evitó que se publicaran. Quizás se quedó con ellos o los destruyó. Deben haberse perdido para siempre.

—*¿Alguna vez emitió Roberto de las Carreras opinión sobre sus trabajos literarios?*

—Celebró mucho un trabajo mío juvenil publicado no recuerdo si en *La Razón* o en *El Siglo*, creo que en *La Razón*, que dirigía Barbagelata en ese tiempo y era amigo mío. Era un trabajo filosófico-literario extenso, que se publicó en dos números y a dos columnas cada vez. Se titulaba *La conquista de las estrellas*. Era de tendencia entre metafísica y nietzscheana, poemático. (El ser nietzscheano no impedía que fuera metafísico y viceversa). En él, había algo de característicamente nietzscheano y platónico, dos cosas que no parecen muy congruentes pero que se hacían congruentes en el espíritu de uno, adquiriendo un valor en que se podían conciliar o refundirse. Fuera, son antagónicos; dentro de uno, pueden no serlo. Es ese un fenómeno intelectual que ocurre a menudo. Dos autores o doctrinas que parecen objetivamente antagónicos se concilian de alguna forma subjetivamente. A Roberto le gustó muchísimo y lo celebro gran-

demente. Únicamente no le gustó el título. Según él, y de acuerdo con su carácter de entonces, debió haberse titulado: “*El ostracismo de los mirios*”. *La Conquista de las estrellas* le parecía demasiado enfático; y lo era; pero lo era de acuerdo con el carácter mismo del trabajo, de su contenido, del cual no tengo absolutamente rastro. También celebró mucho *La Hiperbórea*, primera versión de esa *Lulú Margat*, la pieza de teatro que usted tuvo la indiscreción de ubicar en *Apolo* e incluso reeditar. (1) No se lo perdono. De *La Hiperbórea* inició una traducción al italiano Arturo Pozzilli, a pedido de Roberto que era un entusiasta de la obra. Pozzilli, que era director de *L’Italia nel Plata*, era un italiano florentino muy puro e ilustrado y también muy d’annuzziano. Roberto lo recomendaba diciendo que era “laureato da la Academia de Sensualità de Bologna” (un instituto, creo, inventado por él).

La intención de Roberto era traducir la obra y hacerla representar por una compañía italiana. Pero el proyecto no llegó a concretarse.

(1) En: Arturo Sergio Visca. *Antología de poetas modernistas menores*. Biblioteca “Artigas”. Colección de Clásicos Uruguayos. Volumen número 139, Montevideo, 1971.

CARTAS DE ROBERTO DE LAS CARRERAS A
EDMUNDO MONTAGNE

— I —

Querido Montaigne: (1)

Vd. dirá que no le recuerdo sino cuando necesito de su buena y grata amistad! Contesto: Es Vd. de esos amigos que hacen dormir sobre los laureles de la amistad conquistada y que a fuerza de considerarlos seguros no se considera necesario cultivarlos con el mismo cuidado y asiduidad que los tipos *cocottes*, v. g. nuestro amigo el antiguo psiquiatro, que según parece ha obtenido un éxito resonante. (2) Cómo nos despreciará ahora, desde su Olimpo científico!

Mi neurastenia, ¡atormentada inhibición! unida á mi campaña jurídica no menos afanosa y llena de incertidumbres, que la que domina en estos momentos mi amigo Battle, son también razón que alego ante su amistad ofendida, como disculpa de mi inactividad epistolar.

Lanzo tres divisiones contra el Baluarte, esto es contra el Burgués á quien no dejaré descansar hasta mi postrer aliento. Morirá uno u otro: el burgués ó yo. El duelo es á muerte.

La primera división, que escalará las alturas, es algo así como una polémica humorista sobre el matrimonio con *la opinión*, á la cual bajo forma cuidadosamente elegante digo cosas dolorosas. Quien bien te quiere te hará sufrir... La segunda es "El Sático", una risa, siluetas de sensualistas solapados que no sé que dirán al verse descubiertos... y por último, un contingente de tropas deslumbrantes, en maravilloso uniforme: "Salmo á Venus Cavalieri" del que tiene Vd. ya algunas noticias...

En Montevideo es imposible improvisar. La edición es una utopía. El editor Reyes me exigió tales garantías que me hizo retroceder: entre ellas que le firmase un documento para garantizarse contra mis herederos, en caso de que yo llegara á morir mientras durase la impresión del Salmo, cosa que no es imposible que me hubiera sucedido, pues hay mucha gente que muere de pronto. Yo acepté la proposición del previsor Dornaleche por parecerme humorística, pero éste exigió entonces cantidad de trabas de un carácter menos artístico y por lo tanto imperdonables.

Por una parte, por todas partes, me alegro de que así haya sucedido pues la edición chez Dornaleche aunque éste posee entre nosotros la reputación de un editor genial, habría quedado muy por debajo del ideal.

Mi ambición es una edición que pueda ser depositada en ofrenda a los pies de Venus Cavalieri. Ofrecerle una edición que no fuera

(1) Así en el original. Igual en las cartas siguientes.

(2) Se refiere a José Ingenieros.

admirable sería un grave pecado para con su belleza. Pienso que *Peuser* bien pudiera ser agradable a la Cavalieri y que Vd. podría desempeñar el alto cometido de interrogar á ese señor sobre su arte de crear el cuerpo del libro. (El autor crea el alma). En París las maravillosas envolturas de ciertos libros, el engarce de creaciones de Loti, Daudet, etc., se ofrenda al público en escaparate de velours como piedras preciosas y deslumbrantes. Yo profeso la devoción de los libros, me parecen joyas y creo que su alma artística me acompaña en esta delicada sensualidad por el ropaje de las obras, por el del libro. Su alma pues, interrogará á *Peuser*. Esa edición sería hecha con arreglo al siguiente modelo que someto á su gusto: Interpretaría el título de Salmo: esto es tendría el aire de un misal, sería de gran tamaño (adjunto la medida). El título sería formado por grandes letras, artísticamente derramadas sobre la Carátula.

Esta debería ser hecha por algún artista de intuición sensualista, el cual llenaría un fondo con espesas nubes de incienso viboreando de entre incensarios de harem. Se impone agregar a ese incienso, columnas, pórticos griegos, algo que sintetice clara, breve, y vagamente el mundo antiguo, el mundo maravilloso que transcurre en mis páginas de apotosis de la Cavalieri!

Todo esto sería pagado con religiosidad y Vd. garantido por el dinero del importe depositado en sus manos previamente.

La letra del texto sería del carácter gótico que adjunto. Si este carácter no se encontrara, se emplearía el zevir de gran tamaño, el zevir de gran revista francesa: a v v. v.g.

El papel sobre el cual se tenderá la desnudez admirable de la Cavalieri será cartulina satinada como la de ciertas revistas; no sé bien si es cartulina, pero es un papel gruesísimo que la equivale, y que se para como una tarjeta. Número de páginas: 20. Poco para un libro, mucho para una mujer, si se reflexiona, que una frase original que elogio el sexo es un mundo, luego 20 pág. de frases originales, son un Universo!

Será, pues, un misal de grandes letras. La letra será color *ocre* en vez de negro. Las letras de la Carátula y la letra con que despunte el Salmo serán en oro ó doradas, como se entienda mejor. El color de la carátula: algún tinte cálido.

Convendrá Vd. amigo en que se necesita un gran artista para no convertir en caricatura toda esta belleza. En caso de no hallarse el gran artista, optaríamos por una edición igualmente rica, pero simplista.

Acompañarán el texto diez retratos de la Cavalieri, con una frase del texto al pie alusiva a la actitud de cada retrato. Yo mandaré los retratos y se harán los clichés, adaptados al formato. Cada retrato deberá tener un amplio horizonte blanco. Los retratos serán en color.

Tiraje 200 a 300, tiraje que puede reducirse si el costo se eleva mucho a unos pocos. El objeto es imprimir uno...

En cuanto al texto que envíe será perfectamente inteligible, copiado en letra de máquina.

Confío, pues, á Vd. la realización de este proyecto, á su delicada selección de artista.

La ridícula exigencia de la guardia Departamental me impide ir á Buenos Ayres para que intentáramos juntos el triunfo editorial.

Lo saluda y espera no se venga Vd. demorando su respuesta: El Salmista (Roberto de las Carreras).

Hocquart 286. Montevideo.

Contésteme pronto si le es posible para aprontar el dinero.

— II —

Carísimo Montaigne:

Me entero del accidente mortal ocurrido al causante de su ser. Souríamos á la Muerte, al "milagro diario de la Naturaleza" en cuyo antro se esconde quién sabe y da maravillas... Su aspecto aterrador solo debe asustar á los niños... El día de la muerte debiera ser de fiesta... día de fabuloso imprevisto!

Sonriamos á la Muerte y á la Vida! Seamos ecléticos, única manera de no equivocarnos. Todo es bello!

Realizo en Montevideo el milagro tipográfico... Jamás lo hubiera creído posible en la ciudad de San Felipe! Es esta una maravilla casi tan desconcertante como la Muerte. Figúrese Vd., esto es trate Vd. de concebir con esfuerzos dantescos de imaginación, lo siguiente: Barreiro, el decano de nuestros introductores de libros y de nuestros impresores, ha hecho venir de París, *la fine fleur* de los papeles artísticos y de los tipos de imprenta de igual ramo... Yo lo veo y no lo creo... J'ai toujours trouvé Saint Thomas bien crédule, como dice un crítico francés a propósito de espiritismo.

Realizar en Montevideo un milagro tipográfico!... Vd. concebirá toda la inquietud cósmica del accidente al saber que el poema será la primera impresión que ha sido hecha después de los siglos que el hombre hormiguea sobre el planeta. Como no se [le] ha ocurrido esto á la vanidad de ningún poeta! Será un libro impreso en oro!... sobre papel borra de vino de una elegancia arcaica desvanecedora... De paso sea dicho no hay elegancia sin arcaísmo. Abrevio detalles para dejar algo á su sorpresa.

Le envió una critiquilla sobre un poeta de aquí, un montevideano de la más pura cepa que ha adoptado por fuerza, el disfraz de un parisién libertino. Es sabido que los niños juegan con todas las cosas... Le ruego se apersona a Bernardez —á quien le rogará lo reproduzca en el diario anunciando al mismo tiempo mi Salmo, sin detalles de la impresión por supuesto.

Notará Vd. la ironía que mi crítica ha merecido a los natosos (?) de la "Razón" mortificados por tanto alarde de exquisitez. Han fingido un error tipográfico...

Lo saluda y espera verlo pronto

Su amigo affo.

Roberto

Por favor, borre *pagos!*

Es justo felicitar á Bernardez por su nuevo libro del que he visto algunos párrafos hermosos. Vigile la pruebilla.

Sr. Edmundo Montaigne:

Recibo la silueta rara en fuerza de exquisita que su amistad me brinda. No recibo los versos: es la segunda vez que el envío de su espíritu es descarriado por alguna divinidad hostil que a mi ver no puede ser otra que Mercurio dios de los mercaderes... como que otro dios no reina en la basta extensión que debe sernos permitido denominar con toda vulgaridad el Boliche. No es culpa nuestra si tanto Vd. como yo hemos visto en él la luz del Arte.

Todo envío debe ser hecho recomendado a fin de inutilizar la acción abiesa [sic] de Mercurio. De lo contrario no percibiré nunca la alegría de tener al alcance de la comprensión y del gusto el Alma de Vd.

Modestia amistosa es el hecho de ofrecer Vd. disculpas por la Silueta excesiva de amenidad e interés. Veo que ha bebido Vd. un sorbo en mi cáliz. Sus connotaciones tocantes á los libros difíciles, á la concentración, á la intensidad me dan la imagen del observador de Estética; son expresiones las suyas analíticas, reveladoras. Me haga sobre manera que diga Vd. la buena literatura castellana; la madre europea es de eficaz recordación; ella posee tradición artística; la integración en dicha maternidad confiere importancia; por otra parte lo que en castellano es escrito es literatura castellana. Observo el acierto con que Vd. revela el carácter poemático del juego del vocablo...

No sé si habrá recordado Vd. el versículo, la forma bíblica en que me inspiro... La única expresión que me permito no compartir con Vd. es *poema sin ejemplo* frase que puede haber acarreado á Vd. el compromiso de apasionado.

Como creo haberle dicho en mi anterior yo no sabía que era de Vd.; por momentos pensaba que Vd. no debía existir cosa que no debe extrañarle pues yo que le escribo no me considero en el número de los vivientes... Es por tal consideración a su respecto que la Venus no contiene ningún fragmento a Vd. dedicado siendo así que ninguno exhibe más delicado merecimiento...

Al fraterno Esteta, salud!

R[oberto] de las Carreras(1)

Carísimo Montaigne:

Está Vd. disculpado en atención a su franqueza. Por mi parte, me creo también necesitado de disculpas. Recibí el artículo de Bazzano que me pareció felicísimo. Hube de contestar inmediatamente pero mi carta quedó á la mitad, interrumpida por la neurastenia!

Me informo con gusto del efecto producido en el psiquiatro por nuestra sátira. Ingenieros ha tenido su Waterloo humorístico!

En estos momentos me ocupo de gestionar un empleo diplomático. Probablemente iré pronto á Buenos Ayres y charlaremos.

(1) La carta fue escrita a raíz del elogio hecho por el destinatario al "Psalmo por Venus Cavalieri".

No sé de el lujo, animoso de pagar en esa mis cosas. Mándeme las modestamente á Montevideo sin pagar el flete. Yo me arreglo. Todavía un último servicio! Dirijase Vd. al Club de Gimnasia y Esgrima, pregunte por el secretario, tenga Vd. la amabilidad de retirar mi ropa de esgrima del casillero en que está depositada, comprendidos un par de floretes, una careta de esgrima, etc. Me hace con todo eso y con lo demás un paquete y me lo envía á casa de Julio Herrera y Reissig, cuya dirección Vd. sabe; naturalmente, sin ningún género de lujo...

Ha escrito algo nuevo? Trabaja en los sonetos? ¿Qué dice Bazzano? Recuerdos á Sánchez.

Lo saluda amigablemente

Roberto

Julio Herrera y yo lo recordamos siempre.
Gracias por todo.

— V —

Montaigne amigo:

Su eterno impertinente solicita de su probada fidelidad un nuevo servicio importante: Entregará Vd. la carta que le adjunto a la señorita María Elena de Mirabal, Barracas del Sur, calle Aldás... Nº... Es no saber el número lo que me hace indisponerme con su paciencia.

Señas:

Camina Vd. Venezuela, hasta Entre Ríos. Allí toma Vd. el tren que dice en la tablilla: Constitución y que marcha hacia su derecha suponiendo que dé Vd. el frente á Entre Ríos al llegar de Venezuela.

Subido en el tren, se deja Vd. llevar hasta el puente de Barracas del Sur. Está Vd. a pié. Costea Vd. la margen del Río poblada por una trama espesa de mástiles, durante dos ó tres cuadras. Halla Vd. una casilla-embarcadero. Pide Vd. un bote que lo conduce hasta la otra orilla (5centavos). Desembarcado Vd. camina hacia la izquierda por los rails, entre los vagones que le sugieren a Vd. idea de choques, de catástrofes... hasta llegar á un caserío de casas de madera con techos de zine... Allí descansa Vd. de su excursión sonámbula y pregunta Vd. por la calle *Aldás*. Le halla a un paso. Arrancando de la vía del tren, la segunda casa de inquilinos es el término de su excursión. Entre Vd. y pregunta por el Sr. Francisco Minetti ó en su defecto, por la Sta. de Mirabal. Le explica Vd....

Gracias. Veo ya su excursión terminada con el éxito que aseguran su discreción y su esprit.

El Destino no ha querido que hablase con Allende! La urgencia extrema de mi venida, me ha hecho virar á Montevideo con rapidez vertiginosa, á defender posiciones. Mis disculpas pues á nuestro colega espiritual.

Saluda á Vd. y a su hermano

Roberto de las Carreras

El asunto que le confío es de toda urgencia. Le ruego contestación á Lista de Correos.